

LAS INSTITUCIONES CULTURALES AL FILO DEL SIGLO XXI

Per ROSALINA PERALES
Universitat de Puerto Rico
Río Piedras 1996-97

Rosalina Perales és professora del departament de Drama de la Universitat de Puerto Rico, a Río Piedras. A Espanya i els Estats Units ha fet estudis doctorals. Des de 1987 s'ha dedicat a la investigació del teatre hispanoamericà modern, tema sobre el qual té dues publicacions: Teatro hispanoamericano contemporáneo, volums I i II, que inclouen el teatre de cada país, i també l'escena llatina als Estats Units. Recentment ha publicat un llibre sobre la direcció teatral a Puerto Rico: Cincuenta años de teatro puertorriqueño: el arte de Victoria Espinosa. Les seves publicacions s'editen a revistes teatrals de Puerto Rico, Hispanoamèrica, Estats Units i Europa.

En Puerto Rico, como en la mayor parte de los países del mundo, la historia cultural se escribe a base de genialidades insólitas o de sacrificios individuales. Y en las últimas décadas ha prevalecido un divorcio abismal entre la calidad artística y el gobierno. Esto, no obstante la existencia de agencias culturales gubernamentales que se precian de un gran esfuerzo. ¿A qué se deben entonces los endebles resultados de estas instituciones? ¿A qué se deberá la queja continua de los buenos artistas y trabajadores de la cultura? Pensamos que en nuestro país la raíz de los males culturales es la política; o más bien su desconocimiento y mal manejo de la cultura.

De acuerdo con el teórico Leo Frobenius¹ tenemos el deber de velar por la cultura, ese ser que forma hombres intrínsecamente. Este señalamiento es real para un país que cuenta ya con un sistema político resuelto que permite la libre evolución de su cultura. El caso de Puerto Rico es diferente. Hasta 1898 la cultura dominante española se extendió y dominó entre los colonizados. Desde ese momento, para unos la cultura puertorriqueña se identifica con las pérdidas costumbres españolas; para otros, se inició, entonces, el esfuerzo por "aculturar" al puertorriqueño desde la norteamericanización; es decir, la cultura dominante de turno. No obstante, coincidimos con los planteamientos del notorio narrador José Luis González² quien afirma que la verdadera cultura puertorriqueña fue la del sustrato, la del pueblo negro o mestizo que tanto en tiempos españoles como en los norteamerica-

nos evolucionó libremente desde abajo, sin remilgos para tomar lo que necesitara de la cultura dominante, de la que era marginado. El problema ha sido que al no resolverse el estatus político —¿somos puertorriqueños o norteamericanos?— la lealtad cultural se complica y se utiliza a voluntad, y a veces erróneamente, por los líderes políticos. El letrado Álvaro Calderón³, disertando sobre este tema en 1963 (cerca del primer plebiscito), adujo que el conflicto del estatus político "absorbe los mejores esfuerzos de los hombres pensantes del país y los deja exangües para otros quehaceres del espíritu". Las consecuencias de los irresueltos vaivenes políticos del país han sido, pues, nefastas para el desarrollo de las actividades e instituciones culturales, ya que los partidos políticos de la isla corresponden a ideologías encontradas (archirrival) por lo que la cultura oscila según su ascenso al poder.

Uno de los peores resultados de la diatriba político-cultural es la ausencia de directrices que permeen las manifestaciones culturales de acuerdo con el progreso de los tiempos y las necesidades intelectuales-espirituales del país; es decir, una política cultural. De ahí que aunque el gobierno ofrece mezquinamente algunas aportaciones económicas para la cultura, el interés siempre es político (las elecciones, los votos) y no intelectualmente intencionado. Los asesores culturales del país suelen ser amigos de los políticos, oportunistas de carrera o idealistas ingenuos que aún confían en los mandatarios que los utilizan. Abundan los ejemplos concretos.

En un momento en que el mundo latinoamericano vive la euforia del neoliberalismo, en que los países neodemocratizados reciben más ayuda cultural de la UNESCO, Puerto Rico no puede contar con esos emolumentos por su posición de "territorio norteamericano", pero tampoco puede contar con el apoyo genuino del gobierno local porque los mandatos gubernamentales están politizados. Inclusive, el mayor apoyo que ofrecen ciertos gobernantes norteamericanos (como el actual) a las humanidades, no son emulados como se acostumbra en otras áreas del gobierno.

En estudios estadísticos que hemos realizado en la Oficina de Presupuesto del Estado Libre Asociado, hemos obtenido evidencia de que en los períodos de gobierno Popular (PPD) se atiende más la cultura que en los gobiernos Nuevoprogresistas (con la excepción del gobierno de don Luis A. Ferré, connotado humanista que defendió la cultura universal). El problema mayor, entonces, se desata durante los períodos de gobiernos pro-estadidad, ya que entienden que nuestra cultura debería ser la norteamericana y el modo más fácil de convencer al pueblo es desmantelando la verdadera cultura nacional puertorriqueña; y como a veces se van de la mano, se olvidan hasta de la cultura universal. El actual gobierno (1992) ha resultado el menos interesado de todos, atentando abiertamente contra la cultura nacional, ignoramos si en busca de una aniquilación de la cultura puertorriqueña o de la cultura en general. El empeño en defender todo lo norteamericano, en encaminar al pueblo a la total asimilación cultural, los llevó a contradecirse al poner el inglés como idioma oficial.

En el ensayo "Plebeyismo y arte en el Puerto Rico de hoy", José Luis González⁴ dice que en la burguesía criolla, entiéndase las clases dirigentes puertorriqueñas, hay una crisis de valores, por lo que no sirven de modelo o ejemplaridad. Eso lleva a la masa popular a percibirse en un "desamparo" o "abandono" que obliga a una creación espontánea fundada en su vida cotidiana. O sea, que se va desarrollando una alienación y una ignorancia progresivas que obliga a vivir e imponer sus propios valores. Vemos entonces que el plebeyismo o la creación de modelos de abajo y su imposición hacia arriba, obedece a la decadencia de la clase dirigente, la que termina plebeyizándose también. Surge, pues, una crisis que ahonda el cisma entre el mundo intelectual del país y los dirigentes, sumamente politizados e intelectualmente plebeyizados, ya que estos últimos se desinteresan del espíritu y el intelecto, abandonado a su suerte al país en su oficio cultural.

En un pueblo en que la incidencia criminal y la delincuencia son de las más altas del mundo, en que el respeto y la reverencia se han perdido, aun hacia lo más sagrado, el abandono de las artes y las letras, de la plástica, el humanismo y la cultura en general es grave. El interés mayor en Puerto Rico lo reciben los deportes, como medio de liberalización energética, de control de la criminalidad o de la delincuencia. El culto al cuerpo, a través del deporte, se ha generalizado. Esta inclinación sería maravillosa si tuviera complemento espiritual e intelectual. Porque, mientras, la cultura languidece en su peregrinar de pedigüña, yendo de puerta en puerta en su intento de vencer el plebeyismo político.

A lo largo de este año, diferentes instituciones empezaron a quejarse de los cortes drásticos o de la desaparición de sus fondos, que aunque exigüos, las sostenían, las permitían continuar funcionando. Un caso específico fue el del Ateneo Puertorriqueño, al que ni siquiera se mencionó en el presupuesto, pero al que por ley tuvieron que devolverle su partida. Otro es el del Instituto de Cultura Puertorriqueña, hoy a la deriva dentro de su escasez, su mar de dependencias y sus bizarras gestiones. Pensamos que la carga es demasiado pesada para una sola institución. Esto, unido a la ausencia de una política cultural de criterios definidos, avalados nacionalmente, lleva a la institución a cometer errores en la selección del personal, director o asesor, y en la distribución de los fondos, que a veces van a las mismas personas u organizaciones o se otorgan a individuos y compañías poco adecuados, relegando a otros que los merecerían más.

Igual han sido presupuestariamente estranguladas instituciones como el Museo de Arte Contemporáneo (el cual dio y ganó la batalla), la Academia de Artes y Ciencias, la Academia de la Historia. El Instituto de Literatura, museos y monumentos históricos, entidades musicales, etc. —ni hablar del teatro y la danza, que siempre han sido los más olvidados—.

Así pues, si el gobierno isleño se ve en apuros económicos, acude inmediatamente a un corte en lo que considera menos importante, la cultura, para satisfacer las necesidades de otras áreas que considera más urgentes

o importantes que el espíritu. Es entonces cuando se recurre a la buena voluntad de los artistas, filántropos y diletantes, para donar su trabajo o sus servicios. Pero, ¿cuándo en otra disciplina (tomemos la administración de negocios, por ejemplo o la política) los especialistas ofrecen sus servicios gratuitamente? Son, por el contrario, disciplinas extensamente remuneradas. En el sector de la cultura, sin embargo, "donar" o "suplicar" es lo esperado. Es inminente el recuerdo de Ubú Rey y de la "plebeyización".

La queja, entonces, es de todas las instituciones culturales puertorriqueñas, ya que a todas se les redujo o eliminó la aportación, creándose en el país una extraña atmósfera de retroceso intelectual y espiritual (plebeyización nacional) que ha hecho reaccionar hasta al más conocido intelectual de ideología estadista, Luis Rechani Agrait⁵, quien vapulea las actuaciones del gobierno respecto a la cultura en su artículo "Usura contra el espíritu" cuando dice que "algún respeto deben merecer los altos logros de la mente y el espíritu; los valores representados por las instituciones que el gobierno está menospreciando, depauperizando, aniquilando". Y concluye con una sentencia premonitoria: "Políticamente es suicida para el PNP desvalijar a nuestras instituciones culturales".

En medio de reflexiones y prescripciones (compartibles, si alguien las necesita) esperamos, como Godot, respuestas, apoyo y la buena voluntad de acceder a una justicia cultural.

NOTES

1. FROBENIUS, Leo. *La cultura como ser viviente*. Madrid: 1953. P. 13.
2. GONZÁLEZ, José Luis. "Plebeyismo y arte en el Puerto Rico de hoy", en *El país de los cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Huracán, 1980. P. 99.
3. CALDERÓN, Alvaro. "La cultura puertorriqueña y el status político. Separata de la *Revista del Colegio de Abogados de Puerto Rico*, 1963. P. 146.
4. *Ibidem*.
5. RECHANI AGRAIT, Luis. "Usura contra el espíritu", en *El Nuevo Día* (San Juan, Puerto Rico), 8 de febrero de 1994. P. 57.